

“Los iberos” y el actual debate historiográfico

Juan A. Santos Velasco

Dpto. de Ciencias Humanas y Sociales

Universidad de La Rioja

Tanto la reunión como las actas del congreso celebrado el año pasado en Barcelona son un fiel reflejo de por dónde discurren las actuales líneas de investigación y tendencias historiográficas en nuestro país, no sólo en lo que se refiere al mundo ibérico sino a la Prehistoria y a la arqueología en general. En este sentido, lo primero que hay que destacar es el vuelco que se ha producido en los estudios sobre iberismo en los últimos veinte años. A comienzos de los noventa todavía había reticencias para aceptar la reconstrucción del pasado a través del registro arqueológico; negándose la posibilidad de aplicar los conceptos de *jerarquización social* o *aristocracia* al mundo ibérico. Sin embargo, en marzo de 1998 hemos asistido a la celebración de una gran exposición y un congreso bajo el significativo título “Los iberos: príncipes de occidente”.

Esta situación es fruto de la amplia renovación teórica y metodológica producida en la investigación histórica española, tras el retorno de las libertades de expresión y de cátedra en 1975. Renovación que no ha estado exenta de problemas en muchas ocasiones. En una cara de la moneda, las circunstancias de nuestra historia reciente hicieron que la puesta al día comenzara con retraso respecto a otros países y provocara un proceso acelerado y, en ocasiones, atropellado de actualización, del que casi nadie fuimos ajenos; en la otra cara de la moneda, la renovación de la Prehistoria y la arqueología españolas ha sido fructífera, y sus síntomas más claros, en los temas que nos afectan más directamente, son visibles en las reuniones que jalonan los últimos años. Tan sólo hay que comparar nombres y contenidos de comunicaciones y ponencias de los coloquios de Jaén (VV.AA. 1985), de la UAM (VV.AA. 1992) y del de Barcelona (1998).

En éste último se escucharon lenguajes muy diferentes. Algunos minoritarios como el procedente de la *clásica* Arqueología clásica que, a pesar de los trabajos de Carandini (1984) o Snodgrass (1990), no logra superar las tesis de Winckelmann, cuya obra, punto de partida para el análisis del *Arte clásico*, está agotada después de dos siglos; en especial cuando se quiere aplicar no sólo al arte grecorromano sino también al ibérico.

También minoritaria comienza a ser la arqueología descriptiva, que contó con su espacio en Barcelona. Su interés sigue radicando en que permite dar publicidad a nuevos yacimientos y hallazgos, pero hay que reprochar la falta de adecuación entre los sugerentes

nombres de las comunicaciones y sus contenidos reales; o que algunos trabajos presentados como discursos de síntesis, basados en obras de otros autores y acompañados de un amplio aparato erudito, no aportaran referencias críticas ni novedades interpretativas.

No obstante, el peso de la reunión y de las actas recayó en dos grandes grupos. El primero es una tendencia que se ha ido definiendo en los últimos años y que aúna la arqueología historicista y un discurso renovado. El resultado es una mezcla de elementos heterogéneos, entre los que destaca la ambigüedad de un lenguaje en el que términos como *ciudad* o *aristocracia* se utilizan carentes de contenido, al tiempo que se incurre en ciertos errores de método; el más llamativo de los cuales es el uso que se hace de la analogía. Esta corriente se caracteriza por la confusión entre la analogía morfológica y la analogía entre estructuras socio-económicas. Punto en el que quisiera detenerme brevemente.

Todos compartimos la idea de que para interpretar el registro y los *objetos* arqueológicos la analogía es fundamental, sobre todo cuando carecemos de fuentes literarias. El método comparativo requiere la construcción de determinadas ecuaciones de referencias, de semejanzas y diferencias, entre los distintos *atributos* que constituyen los *objetos*. Si lo que queremos interpretar es un *tipo* de sociedad, de estructura social, las analogías entre las diversas categorías de *objetos* no las estableceremos sólo con criterios formales y funcionales, sino también con sus *significados* dentro de un *sistema*; partiendo de un conjunto de *objetos* arqueológicos de muy diversa naturaleza, así como de todas las posibles relaciones que se establecen entre ellos. Obviamente, no son lo mismo los paralelos que existen entre los pliegues y volúmenes de las imagerías griega e ibérica, y los que existen entre las formas de organización económica y social, y cómo éstas han quedado fosilizadas arqueológicamente en estos dos ámbitos histórico-culturales. Haciendo esta distinción, los temores a caer en un clásico-centrismo de nuevo cuño son infundados. Por el contrario, la comparación entre los diferentes grupos sociales y culturales está en la base de cualquier análisis histórico o antropológico.

Por fin, un grupo de comunicaciones englobó los discursos de quienes, antes o después, emprendieron la vía de la renovación desde muy diferentes opciones. Es un grupo heterogéneo con notables diferencias entre sus miembros, pero con el común denominador de presentar alternativas al descriptivismo historicista, más o menos reciclado, e intentar, por distintos caminos, la construcción de una *historia* o una *paleoantropología* de los iberos. Entre algunas de las comunicaciones más estimulantes estuvieron las dedicadas al arte y a la imagen ibéricas, como los trabajos sobre el mundo femenino en el ámbito funerario o sobre el llamado estilo Elche-Archena. La lectura del código de representación ilicitano y la sistematización de la pintura vascular de Liria eran dos de las grandes asignaturas pendientes.

Otros trabajos destacaron por el avance que suponen en la mejor comprensión de aspectos sociológicos que hasta este momento habían pasado desapercibidos o eran inéditos, como el santuario de El Pajarillo (Jaén), un programa iconográfico completo, bien

datado, y en un contexto arqueológico impensable hasta ahora. Es también el caso de los enterramientos múltiples en las necrópolis andaluzas, o el de los hallazgos de Mas Castellà de Pontós (Gerona); el de la interpretación votiva del tesoro de Salvacañete (Cuenca), o el de algunas tumbas andaluzas como posibles enterramientos de un orden sacerdotal que hizo Chapa, y que, junto a la comunicación de Nicolini, abre la puerta que faltaba para rastrear aquel segmento social desde una perspectiva arqueológica.

Un tercer grupo destacado de comunicaciones fue el dedicado al hábitat. Los asentamientos ibéricos han dejado de ser definitivamente aquellos humildes poblados fortificados en altura de los años setenta y ochenta, en los que no se apreciaban signos de jerarquización social. En Barcelona se ha puesto de manifiesto el avance en los análisis del poblamiento y de los modelos de ocupación del territorio que se iniciaron durante la pasada década con estudios pioneros como el del valle del Ebro (Burillo, 1981); a los que se han sumado el Noroeste contestano y la costa central de Cataluña. Paralelamente, hubo una revalorización de determinados hábitats como Giribaile (Jaén), La Serreta, El Monastil (Alicante), o Alarcos (Ciudad Real). Asimismo, los poblados fortificados comienzan a ser lugares donde se llevan a cabo programas arquitectónicos muy elaborados, como destacó la comunicación de Moret, y donde la monumentalización arquitectónica responde a unos criterios de expresión simbólica del poder como es el caso de Arbeca (Lérida).

Al inicio de este escrito mencionaba que uno de los aspectos más interesantes de la reunión de Barcelona ha sido constatar que las escuelas que hasta hace poco eran dominantes hoy son residuales e incapaces de ofrecer una alternativa interpretativa. Por el contrario, lo que en los años ochenta era considerado una enfermedad infantil, en este momento, forma un aglomerado de corrientes con las que podemos tener mayor o menor afinidad, pero que están ofreciendo los

mejores resultados. Asimismo, ha quedado patente que estamos ante dos discursos paralelos que por mucho que se prolonguen nunca llegarán a encontrarse, y que cada vez es más ancho el espacio que nos separa.

No cabe duda que esta circunstancia ha mermado las posibilidades de la cita como foro de debate, ante la evidencia de la imposibilidad de entendimiento. Sin embargo, esta apreciación no hay que entenderla en un sentido negativo. Todo lo contrario, en una perspectiva a medio plazo, hay que valorarla como uno de los puntos más positivos del encuentro, puesto que significa que el iberismo goza de buena salud, que finalmente se está desembarazando de corrientes historiográficas ancestrales, y que la bases de la nueva arqueología española son sólidas, al menos en nuestra parcela de estudio.

Bibliografía

BURILLO 1981

F. BURILLO, *El valle medio del Ebro en época ibérica*, Zaragoza.

CARANDINI 1984

A. CARANDINI, *Arqueología y cultura material*, Barcelona.

SNODGRASS 1990

A. SNODGRASS, *Arqueología de Grecia. Presente y futuro de una disciplina*, Barcelona.

VV. AA. 1985

VV. AA. *Iberos. Primeras Jornadas sobre Mundo Ibérico*, Jaén.

VV. AA. 1992

VV. AA. *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis*, Madrid.

VV. AA. 1998

Los Iberos: príncipes de occidente, Barcelona.